

La Oración de Gracias de Casimiro Gómez Ortega a la Real Academia de la Historia (5 de octubre de 1770) (*)

F. JAVIER PUERTO SARMIENTO (**)
M.^a DEL CARMEN CALLEJA FOLGUERA

En la presente nota ofrecemos la transcripción y edición de la *Oración de gracias* que Casimiro Gómez Ortega leyó con motivo de su ingreso en la Real Academia de la Historia, el día 5 de octubre de 1770. Por su contenido podemos situar tal discurso en el contexto de la polémica acerca de la ciencia española. Dos de los científicos que intervinieron en dicha polémica durante el período ilustrado fueron José Quer (1695-1764) y José Cavanilles (1754-1804), los cuales presentan matices en sus escritos o en la elaboración de los mismos, que impiden una interpretación lineal.

Desde la publicación de los trabajos de Cotarelo y Mori y Aguilar Piñal (1), conocemos el proceso de redacción y la repercusión de las *Observations de José Cavanilles sur l'article Espagne de la nouvelle Encyclopédie* (París, 1784). El abate, aislado en París y deseoso de defender el honor nacional, supuestamente empañado por el artículo de Masson de Morvilliers en *L'Encyclopédie*, pidió ayuda a su amigo Juan Bautista Muñoz (1745-1799), cosmógrafo e historiador de Indias, que a su vez la solicitó a Cándido María Trigueros (1736-1798), clérigo subdiácono, beneficiado en Carmona, corresponsal del Real Jardín Botánico madrileño y hombre de múltiples saberes intelectuales y científicos; éste redactó unos *Apuntamientos para el señor Cavanilles*, que fueron utilizados por el abate en la confección de su texto. Por motivos políticos, acaso también en búsqueda de notoriedad en el interior del país, Cavanilles

(*) Trabajo efectuado dentro del programa *Relaciones científicas y culturales entre España y América* subvencionado por la CAICYT y el CSIC.

(**) Cátedra de Historia de la Farmacia. Facultad de Farmacia. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

(1) COTARELO Y MORI, E. (1897) *Iriarte y su época*. Madrid. AGUILAR PIÑAL, F. (1963) Trigueros apologista de España. *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 39, 367-380.

DYNAMIS

Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam. Vol. 7-8, 1987-88, pp. 355-366.

ISSN: 0211-9536

utilizó argumentos ajenos en defensa de un desarrollo científico español desconocido para él, en contradicción con lo que iban a ser sus intereses futuros y su propia opinión. Sólo así se entiende la velada rectificación posterior en su *Colección de papeles sobre controversias botánicas...* (Madrid, 1796), y, sobre todo, el cambio radical de parecer con respecto a su antagonista Casimiro Gómez Ortega. Las observaciones de Cavanilles no reflejan el estado de la ciencia en España, sino la compleja situación intelectual y política de nuestros ilustrados. Cavanilles, partidario de las «ciencias útiles», amigo personal de destacados ilustrados franceses y acaso partidario de sus ideas, publica una proclama nacionalista, en parte ajena, que es criticada en nuestro suelo por núcleos ilustrados cercanos al poder, principalmente los Iriarte; sus exégetas son los antiguos partidarios del despotismo ilustrado, Floridablanca y su protegido Gómez Ortega, que van decantándose hacia posturas claramente regalistas, ante los derroteros ideológicos de la Ilustración franceses. Sin embargo, a su regreso a España, Cavanilles toma partido por los «éclairés», aliándose a Bernardo Iriarte, su anterior detractor, acaso por convicciones personales profundas, pero también para disputar el poder institucional de la botánica española al primer catedrático del Real Jardín de la Corte, Casimiro Gómez Ortega. Los textos que Cavanilles aporta a la «polémica de la ciencia», han de interpretarse como lo que son: instrumentos de combate nacionalista y de ambición personal. En el complejo panorama de la ilustración española, proporcionan datos sobre el estado de las ciencias, pero especialmente sobre la fragilidad de las instituciones científicas, asediadas por intrigas cortesanas, intereses individuales espurios y falta de coordinación con las necesidades materiales del país, lo que las sitúa en condiciones de permanente provisionalidad.

El otro iniciador de la polémica fue el botánico José Quer, como puso de manifiesto Ricardo Pascual (2). La suya es una contestación desviada a una frase de Linneo, lamentándose sobre la incultura botánica española. Quer comienza a publicar su *Flora Española* (Madrid, 1762) poco antes de su muerte; ha efectuado un esfuerzo formativo, de nivel teórico y práctico, no equiparable con el de ningún otro botánico español contemporáneo; su bagaje intelectual se circunscribe a la sistemática y nomenclatura tournefortiana y ahora, cuando va a recoger los frutos de su esfuerzo mediante la publicación de un texto, la nueva teoría botánica linneana cuestiona la labor

(2) PASCUAL, R. (1970). *El botánico José Quer (1695-1764), primer apologista de la ciencia española*. Valencia.

de una vida. Lo que debía haberse presentado como confrontación científica entre dos sistemas de conocer e inventariar el mundo natural, pasa a ser, amparándose en las palabras de Linneo en su *Biblioteca Botánica* (Amsteldami, 1736) una soflama nacionalista, esterilizadora de la discusión científica, en la que se plasma la impotencia de Quer para afrontar las innovaciones botánicas.

Esta interpretación puede parecer subjetiva; léase con atención la *Oración gratulatoria* de Gómez Ortega que damos a la imprenta, particularmente la nota en la que se niega a hablar de Quer, aduciendo las «invectivas injustas contra Linneo» y su condición de extranjero por haber nacido en Perpiñán. No era la suya una voz discordante en el exiguo panorama botánico español. en 1784 Pedro Uzero escribe a Antonio Palau. Además de darle noticia de la presentación de una memoria sobre el pino, en la Sociedad Económica de Amigos del País de Segovia, afirma:

«estimaré me avise en qué estado va su obra, como si los dos últimos tomos de la Flora Española, me serán útiles para la investigación de las plantas, pues a no estar remediada esta obra por su compañero D. Casimiro, de muy poco puede servir, por falta de método, y a la verdad, la mejor obra que ustedes podían producir a la nación era una Flora Española sistemática y Universal del Reino» (3).

Ese mismo año Gómez Ortega publica el tomo V de la *Flora* de Quer, que inicia con su *Elogio Histórico*, en el cual asegura que «nuna tuvo controversias, disensiones, ni aún disputas» y disculpa los ataques a Linneo, por el «exclusivo amor y gratitud hacia el método y maestros tourneforcianos», en un contexto general de ensalzamiento de su obra. ¿Cuál de los dos Gómez Ortega, el de la inédita oración o el del editado *Elogio...*, dice la verdad? ¿Cuál ha sido la evolución científica del primer catedrático para variar tanto de juicio? ¿Qué circunstancias se dieron en la Ilustración para que un hombre con la fama de ilustrado de Cavanilles, publicara unas *Observaciones* tan groseramente tradicionalistas y otro con fama de tradicionalista, como Gómez Ortega, redactara una *Oración* tan crítica? Ya hemos contestado en lo referente al abate, trataremos de hacer lo propio con Ortega.

La biografía del primer catedrático es compleja y mal conocida; no es

(3) Carta de Pedro Uzero a Antonio Palau de 8 de noviembre de 1784. *Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid*. 5.^a div. n.º 6 fol. 262-263.

ahora el momento de trazar un esbozo de su peripecia vital y científica, que excedería los límites de esta presentación. Bástenos decir que fue sobrino de Joseph Ortega —uno de los fundadores de la Real Academia Médica Matritense y del Real Jardín Botánico—, estudió medicina en Bolonia y aprendió la botánica por el sistema linneano, del que fue siempre defensor, a pesar de la traducción de las *Tablas botánicas de Tournefort* (Madrid, 1773, 2.^a ed. 1783), dada a la imprenta con el único fin de servir a los alumnos de botánica en sus excursiones de campo, por su manejabilidad material e intelectual. La muerte de su tío le obligó a regresar a España en 1762, revalidarse en farmacia y hacerse cargo de la botica de la calle Montera, pero le dejó huérfano de influencias palaciegas, de manera que, a la muerte de Quer, pese a la recomendación del propio Carlos Linneo, el puesto de primer catedrático fue concedido al médico Miguel Barnades (?-1771). En 1770, Gómez Ortega, desplazado del poder institucional, podía ser crítico con Quer y debía defender a Linneo, su máximo valedor internacional, máxime cuando Barnades, en sus *Principios de Botánica* (Madrid, 1767), introducía en España la filosofía botánica linneana y post-linneana, sin mención alguna de la obra de su antecesor en el Jardín Botánico. A la muerte de Barnades, Ortega fue nombrado primer catedrático, previa nueva recomendación de Linneo (4) y se dedicó a intentar institucionalizar las ciencias de la naturaleza en España. Para ello buscó el refrendo internacional, mediante el nombramiento como miembro de las *Reales sociedades* de París (1776) y Londres (1777) y trató de ser el único responsable del Real Jardín madrileño, como Buffon lo era del de París, sin conseguirlo; procuró controlar desde la corte todas las expediciones científicas americanas, dirigir la explotación de sus resultados mediante el establecimiento de relaciones científicas con Italia, Francia e Inglaterra y construir una red de corresponsalías y jardines botánicos de aclimatación o enseñanza, para estudiar la flora nacional, explotar los productos ultramarinos útiles y contribuir a la renovación de las profesiones sanitarias, mediante la enseñanza de la botánica y la química. Todas estas actividades le obligaron a abrigarse a la sombra de los poderosos, principal-

- (4) Sobre C. Gómez Ortega hay numerosa bibliografía; buena parte de ella recogida en el *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España* (Barcelona, 1983) de López Piñero y colaboradores. Las relaciones con Linneo pueden estudiarse en el artículo de GONZÁLEZ BUENO, A., RUIZ OCHAITA, M. (1985). La introducción de la filosofía linneana en la botánica española: actitud de C. Gómez Ortega. *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia*, 36, 15-41; algunos datos sobre las relaciones de Ortega con la Ilustración española en SARRAILH, J. (1979). *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Madrid.

mente Floridablanca, a cuyo lado sufrió una evolución política similar. El joven crítico de Quer, que en 1770 no tenía obligación pública alguna, se convierte en su panegirista en 1784, porque defiende razones de estado, más claras aún si tenemos en cuenta el encargo efectuado en 1773 por el *Protomedicato*, de que continuase con la edición de la parte manuscrita de la *Flora Española*. Ortega no cambió de opinión, sino de posición institucional; baste observar que tardó once años en cumplir el encargo y que lo hizo adecuando los manuscritos de Quer a la sistemática linneana. Pasado el tiempo, su corresponsal y aliado, el abate Pourret, se refugia en España tras la revolución francesa; en el memorial dirigido desde Barcelona para intentar darle una ocupación, encontramos un nuevo testimonio de la postura oficial sobre la obra de Quer: se sugiere la conveniencia de que el abate trabaje más en la *Flora Española*, pero antes de publicar se le censure

«para moderar sus expresiones si menester fuere; pues ello es, que nuestro Quer merece indulgencia, atendido el tiempo en que compuso su flora, y debe nombrársele con respecto, y con elogio: porque lo merece; y porque así se proporciona al despacho y venta de ella» (5).

Tras estas líneas, queda poco menos que nada de la «polémica de la ciencia» en el XVIII. Los textos son en realidad letra muerta, reflejo distorsionado de una realidad cambiante y compleja. Por el contrario se abre un portillo a la investigación de los procesos de institucionalización y profesionalización de las ciencias de la naturaleza en España, enormemente sugerente. ¿Cómo fueron en realidad? ¿Qué factores políticos, económicos, sociales e incluso personales intervinieron en ellos? ¿Cuál fue su influencia sobre el Nuevo Mundo? Preguntas, todas ellas, que no pueden responderse con la mera publicación de la *Oración de gracias del Dr. D. Casimiro Gómez Ortega*.

(5) Informe anónimo emitido en Barcelona sobre la actividad de Pourret el 27 de septiembre de 1796. *Ar.R.J.B.M.* 5.^a div. 6 bis. fol. 147 y ss.

Oración de gracias del Dr. D. Casimiro Gómez Ortega a la Academia Real de la Historia por su admisión en ella, leída en la junta de 5 de octubre de 1770, día de su incorporación.

[Real Academia de la Historia. Manuscrito 11/8234 n.º 27].

La Historia de la Naturaleza, que es la Historia de las obras del Creador, y un manantial inagotable de pruebas de su existencia, desconocida de nuestras Universidades, ignorada en las Provincias, desatendida aún en la Capital y reducida a andar como prófuga por los Gabinetes de muy pocos particulares o retirados a los montes y despoblados, que son el teatro de los principales objetos de su indagación, halla hoy en este Santuario de las Letras un asilo; de que vengo lleno de júbilo y complacencia a dar las gracias a la Academia en nombre del corto número de todos sus cultivadores (1). Porque a la verdad; ¿cómo podrían dejar estos de manifestarse reconocidos al consuelo, que ofrece a su dolor al ver, que cuando las demás Naciones se disputan la gloria de producir cada día mayor copia de Historiadores naturales, se contenta la Española con la heredada gloria de los Xaravas, Acostas, Oviedos, Lagunas y Huertas? Varones, que sin duda merecieron grande aplauso en su tiempo, pero que en el presente ni tienen gran número de lectores entre los extranjeros, ni de imitadores entre los nuestros.

Este justo dolor le templa benignamente la Academia dando por medio de mi admisión en su gremio las señales del aprecio que le merecen aquellas Ciencias, que influyen directamente en la felicidad de la vida, y de los deseos que la animan de despertar nuestra aplicación a unos objetos de suyo tan importantes que hemos sido testigos de como va conspirando la Europa entera a fomentarlos.

Hemos visto en nuestros días derramarse por todo el Universo los observadores de la Naturaleza, coordinarse, y reducirse a Arte fundada en principios invariables la noticia vaga, e indeterminada de infinitas producciones, y enriquecerse señaladamente la Botánica en pocos años con tan considerables aumentos respecto de todos los siglos anteriores, que excede ya el número de *Géneros* descubiertos desde Tournefort hasta Linneo a el número de *Especies* que se conocieron desde la edad de Teofrasto, Dioscorides y Plinio hasta el siglo de Tournefort. Hemos visto a todas las Naciones más cultas abrirse nuevas sendas para penetrar por los recesos de la Naturaleza, las hemos visto inventar a competencia nuevos Sistemas, que no son sino otros tantos idiomas para explicar sus arcanos u otros tantos utilísimos métodos de coordinar, y arreglar sus productos; sistemas de que hace siempre uso oportuno el observador, porque se dirigen todos igualmente a facilitarle los progresos de la ciencia, en lugar de atrasárselos: a diferencia de los filosóficos, que como obra de la fan-

(1) Desde el año de 1770, en que se escribía el presente Discurso, ha mudado de aspecto este importante ramo de la instrucción pública; y a ello han contribuido no poco el estudio, el ejemplo y el celo de varios Individuos de la Academia de la Historia.

tasía de sus Autores, se hallan muy expuestos a los extravíos del entendimiento humano.

Al paso que las Naciones se han distinguido tanto por la invención de los diversos métodos, no se han esmerado menos sus Soberanos en suministrar a los sabios preciosos materiales que colocar metódicamente por medio de las expediciones Literarias, que de su orden, y a sus expensas se han hecho a todos los ángulos de la tierra no contentándose con que se hubiesen examinado y reconocido sus propios dominios.

Díganlo las distantisimas y diversísimas regiones de las Antillas, del Perú, la Jamaica, la Carolina, la Havana, México, el Japón, el Malabar, Amboyna, y en Europa las Provincias del Reino de Dinamarca, las de Prusia, la Laponia, la Moscovia y la Siberia, registradas a costa de invencibles trabajos e inmensos gastos por Labat, y Feuillé Franceses; por Sloan y Browne Ingleses; por Jarquin, Kranz y Kember Alemanes; por Rheede y Rumphio, Olandeses: por Hoeder Danés; por Loesel Prusiano; por Linneo y sus discípulos, Suecos; y por Gmelin Ruso; enviados todos a impulsos de la liberalidad de sus respectivos Soberanos, y de la ilustracion de sus Ministros. De forma, Señores, que las Plantas que se crían en la China, en el Brasil, en Egipto, en los abrasados desiertos de Africa y en los helados climas de la Noruega, Siberia y Laponia, son ya más conocidos en el día, que los productos naturales de las templadas y fecundísimas Regiones de España, debiéndose casi enteramente a los extranjeros aún en el imperfecto y diminuto conocimiento que tenemos de los vegetables de nuestra Península (2); como lo acreditan las Obras de Carlos Clusio, y las observaciones que acompañando al General de su orden recogió el diligentísimo Religioso Dominico Jacobo Barrelier; frutos ambas de la peregrinación que hicieron por España aquellos Sabios y casi las únicas que podemos consultar como fruto de esta especie (3).

Considerando pues la escasez que padecemos de escritores de esta clase; ¿qué hay que admirar que el célebre Reformador de la Botánica, el Legislador de los observadores de la Naturaleza, el gran Linneo al llenar en la Historia de los progresos de esta ciencia el gran hueco que deja nuestra Nación en sus actos, lo ocupase con algunas expresiones sensibles a nuestro amor propio? (4). No permite no, cier-

- (2) Así lo confiese sin embargo de su notoria parcialidad hacia nuestras glorias Dn. Joseph Quer. *Flor. Esp.* Vol. 1.º pag. 24 en el Prólogo.
- (3) Se omite de intento citar la Flora Española, que se empezaba a publicar por este tiempo, por no haber sido en rigor Español el Autor, su obra es una compilación indigesta, con pocas noticias originales y muchas inectivas injustas contra Linneo y su Sistema que ha sido al fin adoptado unánimemente por todos los sabios.
- (4) Dolendum est, quod in locis Europae culíboribus (después de haber nombrado a España y a Portugal) tanta existast nestro tempore barbarien Botanices. *Linn. Biblioth. Botan.* pg. 96.

tamente atribuirles a malignidad, u odio que dirigiese en aquella ocasión su pluma, el singular aprecio con que dispensa la honra de su correspondencia literaria al corto número de Españoles aficionados a la Botánica; y a la apreciable distinción de eternizar sus nombres consagrándolos en la denominación de las Plantas esquisitas de nuestro suelo (5), manifestando en estas demostraciones su ánimo generoso incapaz de dejarse gobernar de otras leyes que por las que prescribe la verdad de la Historia no menos estrechos en la Natural, que en la Civil y Política.

Pero aun cuando el Caballero Linneo en agravio de su notorio candor, y de las obligaciones de fiel Histórico, y en el lisongero obsequio de la Nación hubiera querido disimular nuestro atraso; ¿no le desmentiría el cotejo del índice Español de voces de Historia Natural con los Gloriosos Franceses, Italianos, Ingleses, Alemanes y aún Suecos, que son como el termómetro del esmerado cultivo que ha tenido en aquellas lenguas a diferencia de la nuestra? La qual siendo riquísima en otros ramos, es tan escasa en este que nos vemos obligados a confesar que la República Literaria cuenta ya mayor numero de excelentes Tratados de Historia Natural, que la Lengua Castellana de voces bien definidas de la misma Ciencia (6).

En este estado no nos queda ni aún el triste consuelo de poder disculpar nuestro olvido o distraccion a otros estudios menos útiles con la falta de patrocinio, porque los generosos Monarcas de España, aunque ocupados casi de continuo en inevitables guerras y otras gloriosas empresas, no han cedido jamás a los Soberanos extranjeros en fomentar la aplicación de sus vasallos a este importantísimo objeto. Varios exemplos antiguos y modernos comprueban esta verdad y desvanecen nuestras excusas.

Felipe Segundo costea el viaje hecho a America por su Protomédico el Dr. Francisco Hernández con el fin de historiar la Naturaleza de aquellos vastísimos Dominios; pero para que no se pierda hasta la memoria de los copiosos y apreciables Volúmenes fruto de aquella empresa, por olvido o por indiferencia de sus conciudadanos, se hace forzoso que Nardo Antonio Reccho, Fabio Columna y otros sabios extranjeros cuiden de recopilar y dar a luz en Roma a mediados del siglo decimoséptimo en un tomo en folio el Compendio, aunque incompleto y con bastantes imperfecciones, de los preciosos Manuscritos de Hernández que sobre la Historia Natural, topografía, y Antigüedades de Nueva España se custodiaban en la Biblioteca del Monasterio de Sn. Lorenzo del Escorial y que no bien pasados veinte años,

- (5) La Monarda, la Ovieda, la Hernandia, la Salvadora, la Ortegia, la Queria, la Minuartia, y la Velezia.
- (6) Este cálculo se hacía en el año de 1770 en vista del *Nomenclator plantarum* publicado por Linneo en 1759, en que da los nombres vernáculos de las plantas usados en las principales lenguas de Europa, y omite los españoles, alegando que aún no están bien determinados, por las siguientes palabras: *Hispanica, et Lusitanica nomina vix in ullo solido scripto Botanico reperire potui.*

fueron lamentablemente pábulo de las llamas que consumieron una gran parte de ella (7).

Felipe Quarto en 1625 concede lugar distinguido a la enseñanza de la Historia Natural entre las cátedras que establece en la fundación de Estudios Reales de su Corte, fiando su desempeño al célebre Juan Eusebio Nieremberg, natural de Madrid y profesor de Fisiología en su Colegio, como él se nombra en la portada del tomo en folio que en 1635 publicó en Amberes con el título de *Historia Naturae maximé peregrinae*.

Fernando Sexto añade a la gloria de Rey pacífico la de protector de las ciencias naturales. Por un efecto de su predilección hacia ellas establece un Real Jardín Botánico en la Capital, y otro en Cádiz, resuelve enviar a Italia y Francia jóvenes estudiosos que al regreso comuniquen a sus estados la peregrina riqueza del conocimiento de la Naturaleza, y agrega a la Expedición de límites entre su Corona y la de Portugal por parte del Orinoco otra expedición de Botánica encargada a Pedro Loeffling el más aprovechado discípulo de Linneo, que pasa en calidad de Botánico de España con dos alumnos españoles y dos dibujantes a la provincia de Cumandá y otras que atraviesa aquel gran río, para rectificar las portentosas y ridículas narraciones que acababa de publicar Gumilla sobre los productos de aquellos mismos países y a reconocer la especie de canela y otros géneros sumamente ventajosos al Comercio que se crían en ellos. Pero todo lo frustra casi enteramente el despego y falta de consideración con que le tratan algunos dependientes y compañeros de viaje que como a extranjero debían agasajarle y en calidad de hombres de letras venerarle como a un Maestro de un talento y mérito sobresalientes en su línea. Todas estas consideraciones, a que se añadía el amargo recuerdo de la particularísima recomendación que de su persona había hecho a los jefes de la expedición el mismo Soberano, no bastan a librarle de la desatención de los subalternos, que abusan de algunas indispensables ausencias de aquellos; se le niegan todos los socorros que influyen directamente en el desempeño de su encargo, hace en su ánimo tan triste situación todo el efecto que se debía rezelar; prefiere el sufrimiento de sus desgracias al siempre sensible recurso de quejarse a los superiores, y sus increíbles fatigas que sólo se hubieran podido hacer tolerables con el aprecio y buen trato, lo reducen a un estado de debilidad, en que le es ingrata la vida. Imposibilitado de continuar sus tareas literarias,

(7) Posteriormente, es a saber en el año 1790, publiqué de orden y a expensas del Rey tres Volúmenes en 4.º manguilla de las Obras de Hernández por un Manuscrito corregido añadido e interlineado de puño del mismo Autor; el cual probablemente fue el primer borrador original que yacía entre el polvo y el olvido en un rincón de la librería que había sido propia de los Jesuitas expulsos del Colegio Imperial de Madrid, y desenterró felizmente la diligencia de nuestro laborioso y erudito Académico Dn. Juan Bautista Muñoz, Cosmógrafo mayor de Indias, que dió cuenta de su hallazgo a aquel Ministerio, que lo mandó imprimir, y depositar el Original en la Real Biblioteca de esta Corte.

se contrista, desea instruirse en los principios de nuestra Religión, lee la excelente obra de las Variedades de las Iglesias Protestantes por Bossuet, que un español Amigo suyo y de Linneo le habia regalado al despedirse en Madrid, y muere católico aumentando el numero de las conquistas de la gracia y de los Mártires de la Botánica.

Algunos Manuscritos de este Autor se publicaron en Sueco con una Dedicatoria castellana al Rey Fernando, impresa en Stokolmo, capaz de obscurecer a casi todas las que en estos tiempos se imprimen en España: Monumento que sin duda pasará a la Posteridad en testimonio del favor y distinciones que dispensan nuestros Reyes a la Historia Natural.

De estos hechos resulta que no pudiendo atribuirse nuestro actual descuido a la investigación de la Naturaleza a falta ni de declarada protección de parte de nuestros Soberanos, ni de eficaces exemplos de la de nuestros Mayores; es forzoso acabarnos de persuadir que trae su origen de ser tan raro entre nosotros el conocimiento de las utilidades que al público y a los particulares dimanar de este estudio.

¿Y quién sino este respetable Cuerpo tendrá bastante ilustración para instruir en el vasto uso de la Historia Natural a sus conciudadanos, ni bastante concepto y autoridad con ellos para excitar por medio del exemplo su aplicación a una Ciencia que casi generalmente se desconocen? (8). Este Cuerpo que desde su establecimiento, para discernir y desterrar de la Historia supersticiones y falsas creencias, para calcular el influxo que exercen el clima, los alimentos y todas las cosas naturales en las acciones humanas que son el objeto de ella, y finalmente para no confundir lo milagroso con lo natural, ni lo fabuloso con lo cierto, juzgó que debía abrazar entre los principales ramos de su instituto el cultivo de la Historia de la Naturaleza?

Este Cuerpo que reconoce sabiamente que en ella encuentra el Historiador los rasgos de sus fecundas y amenas descripciones; el Orador las fuentes de las comparaciones más vivas, propias y animadas; el Poeta los originales y todo el colorido de sus deliciosas pinturas; el Chimico, objetos de sus análisis, el Filósofo los de sus

(8) Desde que esto se escribía, como si hubiéramos despertado de un largo letargo, se ha establecido en Madrid el Real Gabinete de Historia Natural, se ha trasladado y mejorado el Jardín Botánico y se han fundado los de Cartagena, Barcelona y México; se han erigido Academias de Ciencias Naturales, se han costado por la Real munificencia cinco expediciones para los progresos de la Botánica, e Historia Natural a los Reynos del Perú y Chile, al de Nueva España, al de Sta. Fe, a las Islas Filipinas, y finalmente alrededor del Mundo por medio del Viaje marítimo que se confió a la dirección del Capitán de Navío Dn. Alejandro Malaespina, y se van publicado los frutos de ellas con mucha gloria de la Nación igualmente que varios tratados elementales y otras obras de Botánica y de Historia Natural, mereciendo citarse entre estas últimas el *Ensayo sobre los peces de la costa de Galicia*, que escrito con exactitud y solidez, y arreglado científicamente al Método de Linneo dio a luz nuestro Académico Dn. Joseph Cornide.

investigaciones, el Negociante la multiplicidad de los frutos de su comercio, la Agricultura, y las demás Artes el fundamento de su mayor extensión y progresos; y para reducirlo a una sola expresión el estado un fondo inagotable de inocentes y verdaderas riquezas.

En fin este cuerpo que abrazando baxo del título general de Academia de la Historia igualmente el cultivo de la Natural que el de la civil y política, no puede dexar de mirar con predilección a aquella en muchos casos, porque si estas conservan la memoria de los hechos notables de los hombres, aquella describe las hazañas, para decirlo así, de la diestra omnipotente de Dios: si estas se proponen sucesos que pasan con rapidez y suelen desaparecer de entre los hombres con el transcurso del tiempo; aquella los tiene o permanentes o que se reproducen hasta la fin del mundo. Sus archivos están siempre abiertos: sus monumentos se hallan patentes y esparcidos por toda la haz de la tierra y escritos con caracteres tan legibles como indelebles; no está sujeta al amor, al odio ni a la parcialidad que no pocas veces vician la verdad de los demás ramos de la Historia. Todos los hombres tienen derecho e interés en aprenderla, porque todos son actores más o menos principales en el gran teatro de la naturaleza y todos son capaces con la debida aplicación de rectificar los errores, no de cronología (de cuyo auxilio no necesita por lo general esta historia) sino de las observaciones de los mismos hechos, porque desde la creación en todos los siglos todos los hombres han sido sucesivamente coetáneos a la formación o a la existencia y reproducción de los entes naturales.

La Academia, justa apreciadora de estos motivos, hace a la Historia natural el incomparable beneficio de promover su cultivo premiando a sus alumnos con la lisonjera recompensa de adinitir de tiempo en tiempo algunos de ellos en su gremio. Y recayendo hoy en mi este precioso favor, me permitirá este ilustre cuerpo que añade a los motivos generales de agradecimiento los especiales que en mi concurren para hacerme más y más estimable su memoria.

Enviado por el Rey Fernando Sexto a Italia con destino a estudiar la Medicina, Botánica e Historia Natural y obligado por consiguiente a retribuir a la patria el fruto de los adelantamientos que debía a su liberalidad, me hallaba en el sensible descubierto de no haber desempeñado por falta de ocasión tan sagradas obligaciones. Encargado por el Ministerio de Indias de arreglar los papeles de Loeffling, echaba menos a quien consultar en mis dudas. Finalmente empeñado por las instancias de un Académico (a quien la modesta desconfianza de sus propias luces le da más honor que ánsi la misma aceptación de su encargo) en reveer y coordinar los Manuscritos de Historia Natural del Dr. Dn. Francisco Fernandez Navarrete, uno de los mas instruidos individuos de este cuerpo, cá quien podía yo volver los ojos que pudiese dirigir mi trabajo con más acierto?

Todas estas dificultades las allana hoy de un golpe la Academia con el honor que me dispensa admitiéndome en este respetable cuerpo. En un solo acto de generosidad me colma de indecibles beneficios: me proporciona ocasiones de manifestarme

agradecido a la Patria: me pone en estado de corresponder a la confianza del Ministerio: me permite consultarla y pedirla la corrección de mis trabajos, y en una palabra me facilita los medios de aprovecharme de su sabia dirección.

Hágame pues la Academia la justicia de creer que quien conoce todo el valor de sus beneficios, aunque no acierte a explicarle enteramente, no puede dexar de estar penetrado del mayor agradecimiento. Pero acaso ¿conozco yo todo el valor, toda la extensión, y toda la utilidad del restablecimiento de las ciencias naturales que me anuncian estas benéficas demostraciones de la Academia? Sólo los venideros cuando recojan el fruto, sabrán hacer de ellas el debido aprecio. Yo me los imagino ya dichosos, los veo surcar los mares con sus flotas cargadas de producciones naturales. Veo a España cultivada en toda la fértil extensión de sus provincias abastecer en los años de su abundancia con los sobrantes de sus cosechas y de las primeras materias a la mayor parte de la orbe: veo que consultando sus verdaderos intereses prefiere a las trabajosas minas americanas de plata y oro otros frutos y productos naturales más fáciles de adquirir, y no menos útiles que aumentando la prosperidad y riqueza con el comercio activo presten nuevos medios de conservar y reparar la salud, de asegurar la subsistencia y de promover la población: y me parece que oigo ya a nuestros descendientes repetir agradecidos el nombre de la Academia con tan solemnes aclamaciones y tan vivos aplausos que suplirán sin duda abundantemente por lo que habrá faltado a mi acción de gracias.